



HIJO DEL CEMENTERIO

José Naveiras

HIJO DEL CEMENTERIO



Primera edición: noviembre de 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© José Naveiras

ISBN: 978-84-128762-4-6

ISBN digital: 978-84-128762-5-3

Depósito legal: M-24661-2024

Real Noir Ediciones

C/ Luis Vives 9

28002 Madrid

info@realnoirediciones.com

www.realnoirediciones.com

Impreso en España

*A mi padre, lector incansable de novelas
y que siempre deseó escribir una.
Dudo de que esta en concreto le gustara,
pero creo que estaría orgulloso de ver que un hijo suyo
consiguió llevar a cabo uno de sus sueños.
A mi madre, por soportar mis ausencias.*

Real Noir es una colección dedicada *in memoriam*
a Paco Camarasa y Claude Mesplède,
amantes incondicionales de la novela negra

ÍNDICE

PRÓLOGO UNA BICICLETA ENTRE LAS TUMBAS	11
1. LA MUERTE.....	15
2. LA FELICIDAD	29
3. LA INFANCIA.....	35
4. LA INICIACIÓN	39
5. LA INDIFERENCIA	49
6. LA NOBLEZA O ALGO ASÍ.....	57
7. LA RESURRECCIÓN.....	67
8. LA VIRGINIDAD.....	75
9. LA EDAD	81
10. LA INTELIGENCIA	85
11. EL AMOR.....	91
12. EL RENACER	97
13. LA SONRISA	105
14. EL ALMA.....	119
15. LA FILOSOFÍA.....	125
16. LA VIOLENCIA	129
17. LA CRUELDAD.....	131
18. EL ROMANTICISMO	135
19. LA SITUACIÓN	145
20. LA HABITACIÓN	151
21. EL CORAZÓN.....	163
22. EL FINAL.....	171
BANDA SONORA.....	187

PRÓLOGO

UNA BICICLETA ENTRE LAS TUMBAS

¿El asesino nace o se hace? ¿El entorno en el que crece condiciona el desarrollo de un futuro psicópata? Seguramente los expertos tendrán teorías confluentes y contrapuestas al respecto, y es sabido que dos hermanos creados en las mismas condiciones pueden tener reacciones totalmente diferentes. Pero no cabe duda que nacer y criarse en un cementerio puede influir en la vida de un niño. En especial, si es un niño como Carlos, para el que la violencia y la relación con la muerte se plantean como algo lógico desde muy temprana edad y desembocan en un oficio más que previsible.

Carlos es un matón a sueldo, un asesino asalariado que se ocupa de lavar —y en ocasiones estrujar hasta las últimas consecuencias— los trapos sucios de gente poderosa.

En esta novela, José Naveiras ofrece una mirada desde dentro y desde fuera del personaje, una versión despiadada pero sincera de un tipo que necesariamente puede caerte mal, pero al que necesariamente acabas por comprender, aunque no compartas sus actitudes. Por fortuna, el autor no reduce el origen del carácter del protagonista a culpas ajenas o sucesos de su niñez; parece decir que quien nace así, nace así y así deberá morir.

Dado el título y la biografía del protagonista, lo lógico es que la acción comience en el cementerio, durante el entierro de su padre lo que le obliga a un retorno a ese escenario de la infancia al que no puede culpar de casi nada y en el que, sin embargo, comenzó a forjarse el asesino que es en la actualidad.

Esta una novela negra, negrísima, en la que no hay investigador profesional, ni héroe improvisado. Nadie que intente desentrañar un misterio cuya resolución es evidente: el hijo del cementerio se ocupará de que no le falten clientes al lugar en el que creció y hará de eso su medio de vida.

Es más que interesante el juego de tiempos que establece Naveiras, entre el presente narrativo de esos momentos posteriores a la muerte del padre como final de un ciclo y los recuerdos que, sin darse cuenta, hacen que Carlos vaya repasando o recogiendo su vida, como si intuyera un cambio de rumbo hacia un final.

Los propios títulos de los capítulos definen el estado de ánimo, pero desde la perspectiva de este personaje embrutecido por la droga, el sexo y la muerte.

Para él, la felicidad es cocaína y sexo barato, sentirse todavía poderoso, aunque no sabe por cuánto tiempo más. La infancia, un perro que no para de ladrar (hasta enloquecer a un niño acaso demasiado sensible o todo lo contrario). La iniciación es un ritual para el que llevaba preparándose demasiado tiempo, esa violencia para la que está tan bien dotado y que cobra a buen precio a quienes quisieran ejercerla y no saben, no pueden, no se atreven.

En cuanto a la indiferencia, quizás sea una bicicleta roja con la que daba vueltas entre las tumbas para que su padre, su madre y los demás creyeran que no era tan rarito como parecía. Y la nobleza, o algo parecido, meterse en un lío por salvar

a una escort a la que acaba de conocer y que no le importa nada, aunque quizás termine importándole demasiado.

La narración es brutal, como el propio personaje y por eso más auténtica.

Carlos, el matón, el asesino, ni siquiera busca justificación para sus actos y aunque en algún momento tenga su propia filosofía, la realidad es que su indiferencia hacia los demás y hacia sí mismo es concreta, quizás una barrera para que nada de lo que hay alrededor pueda dañarlo.

El sexo o la violencia y un sentido práctico de su trabajo. evitan casi siempre (y en el casi está la diferencia) que se meta en algo que no pueda manejar. Pero en el fondo sabe que es cuestión de tiempo, que todo viaje de vida es circular y si prácticamente nació en el cementerio y allí comenzó a pensar en la muerte, allí habrá de volver en algún momento, para encontrarse con todos aquellos a los que ayudó a cruzar la barrera al otro mundo.

Es el mismo niño que se escondía a leer cómics de superhéroes con una linterna, para ser invariablemente descubierto por sus hermanos, que no dejaban de burlarse, aunque los apuntaba como si la linterna fuera un láser capaz de destruirlos.

A medida que se intercalan los recuerdos y los momentos actuales, la violencia de hoy con la violencia de ayer, el lector tiene todo el tiempo la sensación de que ese hombre bestial, poco menos que un monstruo, sigue siendo el niño solitario que daba vueltas al cementerio en bicicleta, contando los coches azules, los coches verdes, los coches negros y los coches blancos, mientras no paraba de pedalear en círculos, en un intento vano de alejarse de sí mismo.

Curiosamente, siempre ganaban en cantidad los coches negros y los coches blancos. Los negros, quizás por motivos

obvios: la proximidad del cementerio. Los blancos brillaban como esa luz que dicen hay al final del túnel que todos, tarde o temprano, acabaremos cruzando.

Hijo del cementerio bebe de una excelente tradición de novela negra en la cual no hay detectives borrachos o inmaculados, los policías son funcionarios que pasan de largo, los abogados, gestores para salvar a los culpables, y el protagonista es el criminal.

El narrador cuenta sin corrección política alguna lo que el personaje piensa y siente, ese desprecio por los demás y por sí mismo que le da la sensación de avanzar en línea recta hacia el desastre, aunque en realidad sigue girando en círculos, porque el desastre no está al final del horizonte, sino quizás en la vuelta que viene.

Se agradece también que nos ahorre el intento de thriller con una intriga artificial como único motivo —casi siempre insuficiente— para leer un libro. Aquí sabemos desde el principio que el asesino es Carlos, que trabaja de eso, que nació para eso y que probablemente muera por eso.

Quizás el infierno, si es que existe, sea dar vueltas y vueltas por el mismo recorrido; conscientes que podríamos modificarlo, pero no queremos o no sabemos cómo hacerlo.

No cabe más que darle la bienvenida a José Naveiras por su ingreso al pequeño gran mundo de la novela negra con una obra audaz y dolorosa.

CARLOS SALEM

1.

LA MUERTE

El día es gris y parece que se ha puesto de acuerdo para que su tono esté en línea con los sentimientos que se respiran.

Arranca la comitiva hacia el cementerio, mamá va en el vehículo que la funeraria pone para seguir de cerca al coche fúnebre, algo así como el vehículo oficial supongo. La acompaña mi hermano.

Detrás, mi hermana y mi cuñado en un taxi. No tienen coche. En la acera me quedo diciendo adiós y cuando los coches han desaparecido de mi vista, doy media vuelta y me vuelvo a meter en la funeraria para arreglar los papeles que sean necesarios.

—Por favor, encárgate tú —me dijo mi hermana cuando se acercó el funcionario solicitando nuestra presencia.

—Yo me ocupo —fue mi respuesta sin saber muy bien qué es lo que tenía que hacer.

Recorro los pasillos de la funeraria. Sus paredes son grises, de hormigón sin pintar, las puertas y las ventanas que dan a las mesas de los funcionarios están enmarcadas en aluminio lacado de color vino, el conjunto en sí queda triste y sombrío. Camino despacio y siento cómo los trabajadores, al otro lado de los cristales, me miran, saben quién soy y algunos hasta me señalan con el dedo.

Llamo a una puerta oscura y me piden que pase.

Entro en el despacho, el suelo está enmoquetado en un gris claro y la mesa es de madera color nogal. Las sillas son negras, tapizadas en algo que parece piel. La pared está pintada en ocre y hay unos cuadros con figuras abstractas colgados de ellas. La mesa está llena de papeles y un par de marcos que deben contener alguna foto familiar que no puedo ver. Huele a ambientador y tras una rápida ojeada, consigo localizar uno en un enchufe bajo la ventana. Un funcionario con una cara más triste aún que la mía se levanta y avanza hacia mí con la mano extendida. Hace calor en este despacho.

—Hombre, Carlos, no sabes cuánto siento la pérdida de tu padre. Aquí le queríamos mucho —me sorprende la frase dicha en una funeraria, que en un sitio así se le quieran tanto a uno no puede ser bueno—. Tu padre era un gran compañero y un mejor amigo para todos.

—Lo sé, lo sé. Era una buena persona —contesto pensando que algo tengo que decir.

—Siéntate por favor —me invita mostrándome una silla—. ¿El velatorio ha estado correcto? Ya te comenté que no habría problema alguno con ello, que no tendrías que preocuparte de nada. A tu padre se le quería mucho aquí y queremos que todo sea lo más fácil para vosotros.

—Gracias, de verdad. Ha estado todo muy bien, sin ningún problema —respondo sin mirarle—. ¿Qué hay que hacer ahora? No sé cómo va todo esto.

—Nada, no te preocupes, está todo arreglado. Tú me firmas estos papeles de aquí y nosotros nos encargamos de todo. Solo una pregunta. ¿Tu padre tenía algún tipo de seguro que sufragara el sepelio o lo vais a abonar vosotros?

Vaya, se trataba de eso. No podía comprender por qué me hacían volver cuando se estaban llevando a mi padre para enterrar, más habiendo hablado antes con todo el mundo. Creí que estaba ya todo cerrado, pero faltaba esto, claro.

Le comento que sí, que él tenía contratado desde hace tiempo algo que se llamaba el Santo Entierro y que lo cubría todo. Echo mano al bolsillo interior de mi chaqueta y le entrego la póliza del seguro, nunca me había fijado en lo anticuado del papel, parece casi un documento histórico con ese color amarillento y esos dibujos que simulan timbre.

Firmo los papeles que el funcionario ha distribuido cuidadosamente frente a mí, encima de la mesa y me quedo mirándole, esperando una frase suya.

—Perfecto, perfecto —ahora sonrío y no sé si eso me gusta—. Bueno, pues ya está todo, con esto ya dejamos todo cerrado. Por favor, si puedo hacer algo por vosotros, no dudes en llamarme. ¡Ah! Y recuerda que cuando acabe todo, debes pasarte por la oficina del cementerio a firmar unos cuantos papeles más.

—¿Es realmente necesario? ¿No puedo firmarlos aquí? Llevo toda la mañana firmando papeles. Te agradecería que se agilizara esta cuestión —le comento mientras trato de marcar mi cara con un rictus de desaprobación.

—En esto no puedo ayudarte, es el protocolo. Los papeles han de firmarse según suceden los hechos. Lo lamento —me mira con una sonrisa absurda.

Me extiende una tarjeta que tomo con desgana. Le echo un vistazo, el logotipo de la funeraria en rojo vino y verde, un nombre en letra cursiva negra y cartón blanco, lo estándar. Le doy la mano sin mirarle a la cara y le vuelvo a dar las gracias,

guardo la tarjeta en uno de los bolsillos de mi chaqueta y marcho hacia la salida del edificio.

—Carlos, te olvidas esto.

El funcionario me extiende la póliza del seguro de enterramiento de mi padre. Regreso hasta su mesa y con cuidado la doblo y la devuelvo al bolsillo de mi chaqueta.

—Gracias —sonríó.

Salgo de ese asfixiante despacho.

Estoy dándole vueltas a la idea de volver al cementerio después de tantos años. No me apetece mucho hablar con los antiguos compañeros de mi padre, los de la oficina de papá.

Avanzo por los pasillos de la funeraria, apenas alumbrados por una mortecina luz de fluorescente. Una señora rubia de peluquería y con algo de sobrepeso me corta el paso. La veo acercarse hacia mí gimoteando, está exageradamente pintada, sombra de ojos azul fuerte, mucho rímel y labios con carmín rojo cereza.

Lleva una blusa, o algo parecido, muy ceñida que marca más aún el exagerado volumen de su pecho. Viste también unos pantalones o mallas que marcan más aún la generosidad en curvas de su persona. Según se acerca abre sus brazos hacia mí, yo me he quedado parado en el pasillo. Noto un olor mezcla de colonia barata y maquillaje, en conjunto resulta muy dulce, empalagoso.

—Tu eres el hijo de Carlos, ¿verdad? Probablemente no te acuerdes de mí, pero yo era muy amiga de tu padre. Bueno y de tu madre, claro. Quiero decirte que siento mucho su pérdida, de verdad.

Me abraza y aplasta sus dos enormes senos contra mí. No puedo moverme y, efectivamente, no me acuerdo de quién es. La oigo gimotear y permanezco inmóvil entre sus brazos y sus

tetas. Al rato deja de apretarme contra ella y me libera del pequeño cautiverio al que me había sometido. Agarra mi cabeza, la baja con fuerza hasta la suya y me da un sonoro beso en la mejilla. Su olor se ha quedado adherido a mi cara.

—Eres más guapo que tu padre y eso que tu padre era un señor bien guapo —sonríe mientras se seca las lágrimas con un pañuelito que tiene en su mano, me pregunto de dónde lo habrá sacado.

Le devuelvo la sonrisa y le doy las gracias, me disculpo porque llegaré tarde al entierro y vuelvo a dirigir mis pasos hacia la salida. Empiezo a pensar que como siga así, me quedaré a vivir en la funeraria. La gente sigue cuchicheando a mi paso. «Es lo malo de ser el hijo del hombre más popular del cementerio más grande de Madrid», pienso.

Ya en la calle, monto en mi coche y arranco, acelero y tomo velocidad para llegar al cementerio antes de que todo haya finalizado, seguro que no llego a la misa, tampoco me importa. Ya está lloviendo, poco, pero es de esa lluvia menuda que te cala a los pocos minutos. Qué día más feo para ser enterrado.

Estoy en mi antiguo barrio y al fondo ya se ve la torre de la iglesia del cementerio y al ángel gigante sobre la cúpula, allí sentado con su trompeta al lado. Todo ha cambiado muchísimo desde que me fui de aquí. Hace por lo menos diez años que no recorro estas calles.

La avenida principal, Marqués de Corbera, tiene un pequeño bulevar nuevo en el centro con todo tipo de plantas ornamentales, han desaparecido las tiendas de lápidas que había al final de ella y han aparecido un buen número de peluquerías y tiendas de ropa interior femenina.

Todo tiene un aspecto más nuevo, más próspero. Lo que sí continúa es el club Seis de picas, que mantiene su pequeño cartel

rojo y su fachada blanca sin ventanas, solo una pequeña puerta de entrada que siempre le dio un aspecto sórdido e ilegal. Hay una nueva fuente en lo que antes era un cruce y ahora es una rotonda. Han desaparecido las antiguas canchas de baloncesto donde yo jugaba, en su lugar hay una residencia para mayores, con la puerta mirando a la entrada principal del cementerio, curioso sentido del humor el del funcionario que aprobó el proyecto.

Entro en las calles de los parques del cementerio que me llevan hasta el conjunto que forma la entrada, dos enormes edificios gemelos enfrentados y entre ellos una enorme explanada de asfalto, ambos edificios unidos por un gran cordón umbilical en forma de grandes columnas y arcos, bajo los que yo corría y montaba en bicicleta cuando vivía aquí.

Allí están los abetos del Líbano y las praderas de césped donde jugaba al fútbol. De pronto me doy cuenta de que, en vez de entrar hacia donde están las tumbas, me he equivocado y he llegado hasta el portal de uno de los edificios, el que fuera mi casa durante poco más de veinte años. Agacho la cabeza para poder ver el edificio a través del parabrisas. El portal sigue exactamente igual, gigantesco, de hierro forjado, negro, con algunos de sus cristales rotos. Miro a la izquierda y me parece ver a mi hermano correr hacia los bancos de la pradera mientras yo le persigo. Salgo del coche para poder observar el edificio, han limpiado el ladrillo que forma la fachada y los remates de piedra blanca de las esquinas. Hay una nueva placa casi en la esquina, en mármol blanco y con letras negras. «Avenida de Daroca N° 90» puede leerse en ella. Alzo la vista hasta el monumental tejado y veo que también lo han reparado con nuevas tejas de pizarra negra y los grandes pináculos de granito blanco que lo rematan están limpios y completos. El conjunto es de lo más gótico, me encanta esa casa, sin duda.

Vuelvo a meterme en el coche, meto marcha atrás y me dirijo hasta la entrada, atravieso los soportales para meterme dentro del Campo Santo. Conduzco por sus calles, sé perfectamente adónde me dirijo, reconozco los monumentos funerarios según paso por su lado, las señales antiguas y oxidadas, el empedrado, cada árbol y cada esquina donde jugaba al escondite. Al fondo veo a todos congregados ya alrededor de la tumba, con los paraguas abiertos. No es más que una gran masa negra. Aparco y me acerco hacia el bullicio. Hay mucha gente, menos de la que esperaba, pero es que es un día de lluvia. Veo a mi hermana que no para de llorar, mi madre igual. Es normal, supongo. Mi hermano por el contrario está más tranquilo de lo que esperaba, últimamente no se llevaba muy bien con él. No se separa de mamá, eso está bien.

Según llego un mar de manos se ofrece a mi paso y voy estrechándolas y dando las gracias, golpes en la espalda de apoyo, caras circunspectas. Uno de mis primos con los ojos llenos de lágrimas me abraza directamente mientras me dice al oído: «Vamos allá, Carlos, joder, vamos allá».

Voy allá.

Llego al lado de mi hermana.

—Llegas tarde, nos has hecho esperar. ¿Ya está todo? — me pregunta entre sollozos.

—Sí, solo querían ver cómo se iba a pagar todo, pero ya está arreglado. No te preocupes. ¿Cuándo empieza esto? — le pregunto.

—No lo sé, Carlos, no lo sé — se echa a llorar sobre el pecho de mi cuñado.

Al fondo veo a unos compañeros de mi padre, me acerco hasta ellos y de nuevo comienza el rito de las manos, los pésames y las caras largas. Les pregunto que cuándo va a comen-

zar todo, señalan con el dedo detrás de mí, giro la cabeza y veo a la cuadrilla de enterradores acercarse. Uno de ellos avanza y me dice lo mucho que siente la muerte de mi padre, que los enterradores lo querían mucho y que era una gran persona. Se lo agradezco y comienza el entierro.

Al sacar el ataúd del coche me llama la atención cómo las gotas de lluvia empiezan a mojarlo y no sé por qué me acuerdo de una noche en la que una familia gitana traía el cuerpo de una mujer a las dos de la mañana. Recuerdo que el personal de guardia del cementerio llamó a casa para que mi padre bajara, era lo malo de vivir en el sitio donde se trabajaba. Al parecer la familia estaba muy nerviosa porque no se le iba a enterrar en ese momento e iba a comenzar a llover. Mi padre bajó y cuando volvió a subir recuerdo cómo le contaba a mi madre la historia de lo que había sucedido. Mi habitación estaba al lado de la de mis padres y podía escuchar sin gran esfuerzo lo que decían. Estaba nervioso y contaba que aquella familia le había puesto una navaja en el cuello y le había amenazado con rajarle si una sola gota de agua manchaba el ataúd de Dolores Cruz.

Ahora nadie cuida de que el agua no manche su ataúd. El agua ya resbala por los laterales y la tierra de alrededor comienza a ser barro.

La gente se agolpa en torno a la tumba, donde los operarios han comenzado a descender el cuerpo.

—Hemos tenido que exhumar un cuerpo porque no cabía —me cuchichea una compañera de mi padre—. Luego, cuando pases por la oficina te lo cuento todo.

Yo ya he desconectado hace tiempo y no sé qué está pasando. Solo pienso en que no quiero estar allí y no me apetece nada tener que soportar el desfile de gente dándome de nuevo el pésame y no sé cuántas cosas más.